



# Los Dilemas de Género en la Infancia: Explorando Estereotipos en la Construcción de la Identidad<sup>1</sup>

## Gender Dilemmas in Childhood: Exploring Stereotypes in the Construction of Identity

Karen Melissa Gómez-Acosta [ORCID](#) a, b

<sup>a</sup> Fundación Universitaria Los Libertadores, Bogotá, Colombia

<sup>b</sup> Correspondencia: [kmgomeza@libertadores.edu.co](mailto:kmgomeza@libertadores.edu.co)

Cómo citar:

Gómez-Acosta, K. M. (2025). Los Dilemas de Género en la Infancia: Explorando Estereotipos en la Construcción de la Identidad. *Psicología y Sociedad* 2(1), 39-50.

<https://doi.org/10.24054/rps.v2i1.4155>

### Resumen

Se trata de una revisión bibliográfica de literatura reciente, que aporta una visión crítica y actualizada sobre la construcción de la identidad de género y los roles en diferentes contextos. Este artículo examina cómo los factores de género afectan la autopercepción, la socialización y la interacción con los entornos culturales y sociales desde el nacimiento. Destaca que el sexo asignado al nacer establece un rasgo identitario esencial, que proyecta roles y expectativas sociales, consolidando imaginarios colectivos sobre lo que es "adecuado" para cada género. Estas construcciones culturales, presentes incluso antes del nacimiento, moldean aspectos como la elección de nombre, colores, juegos, y normas de conducta, creando una narrativa de identidad alineada con el binario femenino-masculino.

Palabras clave: sexo; género; autopercepción; socialización; estereotipos de género; identidad; construcción cultural.

### Abstract

This bibliographic review of recent literature provides a critical and updated perspective on constructing gender identity and roles in different contexts. This article examines how gender factors affect self-perception, socialization, and interaction with cultural and social environments from birth. It highlights that the sex assigned at birth establishes an essential identity trait,

<sup>1</sup> Recibido diciembre 15 de 2024, aceptado agosto 25 de 2025



projecting social roles and expectations, and consolidating collective imaginaries of what is considered "appropriate" for each gender. These cultural constructions, present even before birth, shape aspects such as name selection, colors, games, and behavioral norms, creating an identity narrative aligned with the female-male binary.

Key words: sex; gender; self-perception; socialization; gender stereotypes; identity; cultural construction.

## Introducción

En este artículo se propone desarrollar una exploración de los factores asociados al género y su influencia sobre la autopercepción, los procesos de socialización y la interacción con los entornos culturales y sociales.

Desde el inicio de la vida humana, el sexo con el que se nace se convierte en un rasgo identitario clave, sobre el cual se proyectan roles y expectativas sociales que, a lo largo del tiempo, se consolidan en el imaginario colectivo de las sociedades. Estas construcciones culturales han edificado marcos simbólicos que guían el desarrollo de la identidad desde antes del nacimiento, donde la influencia de los estereotipos de género establece patrones y normas en torno a lo que se considera adecuado para el género femenino o masculino.

En este sentido, Butler (2007) sostiene que “el sexo es a la naturaleza lo que el género es a la cultura”, dando lugar esto a que el género no es un atributo fijo o natural, sino una construcción social propia de prácticas culturales e históricas específicas. Desde esta perspectiva, el género se constituye como un elemento central en los procesos de socialización, en tanto orienta la forma en que los individuos son incorporados a las normas, valores y expectativas propias de sus contextos socioculturales

Así pues, desde la gestación, los estereotipos configurados en determinadas culturas moldean aspectos clave como la selección del nombre, los colores de la vestimenta, los tipos de juegos, los juguetes, y las normas de comportamiento de acuerdo con la categoría asignada. Esta concepción implica reconocer que el género actúa como un dispositivo regulador que define comportamientos, delimita roles y establece jerarquías simbólicas que se interiorizan desde etapas tempranas de la vida (Petrikowski, 2018).

Estos elementos contribuyen a formar una narrativa personal y social que sitúa a cada individuo en el espectro de lo femenino o lo masculino, basándose en una construcción binaria que se refuerza mediante prácticas culturales y expectativas sociales. Tal como describen McLean y Syed (2015), las 'master narratives' dictan qué rasgos y relatos se consideran legítimos en cada género, moldeando la identidad personal desde una plantilla cultural dominante. En este orden de ideas la identidad resultante se manifiesta no solo en lo individual, sino también en lo colectivo, donde los sujetos se integran dentro de modelos de género que han sido histórica y culturalmente establecidos.

Esta revisión bibliográfica de literatura reciente sintetiza algunos debates actuales sobre género y sus complejas influencias. Esta selección cuidadosa de bibliografía permite abordar de manera crítica los temas en discusión, aportando así una perspectiva informada y actualizada sobre los diálogos contemporáneos en torno a la construcción de la identidad y los roles de género en diferentes contextos.



## El lenguaje como portador de significados

La vida humana acontece en diversos tránsitos, desde múltiples lugares, experiencias y saberes en los cuales la cultura, la familia y la escuela son esenciales y preponderantes para la mayoría de los individuos, particularmente durante los primeros años de vida, los cuales tienen gran importancia en la constante construcción del ser, a través de los procesos de socialización. Como enfatizan Ochs y Schieffelin (2011), el niño es socializado y no solo aprende a hablar, sino que a través del lenguaje adquiere los valores, normas y formas de ser reconocidas socialmente.

A su vez, el lenguaje tiene una función estructural que dota de sentido desde su multiplicidad a la niña, el niño y a su entorno inmediato en una cultura que insinúa y que va significando formas de ser, estar y habitar en el mundo desde antes de nacer. En esta línea, Cabrejo (2020) afirma: “El lenguaje es siempre una actividad dirigida a un ‘otro’ interior o exterior del sujeto hablante...”, resaltando su carácter relacional y simbólico como mediador fundamental en la constitución del sujeto y en su vínculo con el contexto sociocultural

En concordancia con lo anterior, para significar formas de ser y estar en el mundo, se necesita directamente del otro, que posibilita esas construcciones individuales y colectivas, en donde el lenguaje y lo simbólico dan lugar a la humanidad, esa humanidad que es fuertemente influenciada por las prácticas sociales y culturales en la que se encuentra inmersa. Así pues, el lenguaje cumple una función de portador de significados que acoge a la niña y al niño desde la asignación biológica y social que determina su sexo, dicho discurso permea las prácticas familiares desde los imaginarios sociales que dan lugar a la crianza y que se hacen visibles desde la gestación.

Por consiguiente, es preciso destacar los diversos elementos alrededor del recibimiento y preparación para el nuevo miembro de la sociedad. *“Las culturas tienen, con frecuencia, ritos de bienvenida para festejar la presencia del recién nacido. Al venir al mundo, el bebé es envuelto real y simbólicamente con las prácticas culturales de sus progenitores y demás personas que se ocupan de él. La música de la lengua oral está ahí esperándolo para nombrarlo y acariciarlo verbalmente”* Zelmanovich, P. (2007).

Es así como las narrativas de lo cotidiano, compartidas fundamentalmente en sus entornos inmediatos, se convierten en ese medio explícito para aportar en la construcción del sujeto de las niñas y los niños, constituyéndose como referente para que aprehendan de la cultura que los habita, desde los diferentes tejidos que propician las construcciones del mundo que se establecen a partir de la relación con otros.

## La insinuación y el significado del ser y el estar

La gestación y el nacimiento, así como el desarrollo psicológico de los individuos transcurren en medio de tradiciones, costumbres, valores y creencias, los cuales determinan las formas de habitar el mundo para las familias, así como para las niñas y los niños, construcciones que, a su vez, son transmitidas, reconfiguradas y que se mantienen en el tiempo, dando lugar a las tradiciones sociales y culturales que rodean esta etapa de la vida; como dice Cabrejo (2020) *“Al venir al mundo, el bebé es envuelto real y simbólicamente con las prácticas culturales de sus progenitores y demás personas que se ocupan de él”*.

El lenguaje y la crianza colectiva determinan las prácticas alrededor de la niña o el niño que está por nacer, de este modo cada cultura establece los rituales de bienvenida, para celebrar la vida y el ingreso del nuevo miembro al tejido social expresando diversidad en las tradiciones alrededor



de dicha tradición, la cual varía según cada sociedad, compartiendo la creencia fundamental de enmarcar el nacimiento como un evento especial.

Por ejemplo, algunas culturas indígenas realizan rituales de purificación y bendición en conexión con la tierra, mediante ofrendas a la Pachamama y rezos colectivos para asegurar la protección y el bienestar del bebé y la madre (Fundación Raíces Indígenas, s. f.). En contraste, en la cultura occidental contemporánea predomina la celebración del *baby shower*: una ceremonia previa al nacimiento que no tiene carácter religioso, diseñada para festejar la nueva vida, ofrecer obsequios útiles o simbólicos, compartir consejos entre familiares y amistades, y preparar emocionalmente a la familia para el futuro nacimiento (Cromos, 2022).

Si bien la tradición de dar obsequios a los niños desde una edad temprana no es exclusiva de un contexto cultural o social, diversos autores (Aristizábal, 2023; Buckingham, 2010, 2011; Layne, 2000; Pugh, 2009) han señalado que en las sociedades occidentales esta práctica ha cobrado mayor importancia social desde principios del siglo XX. Este fenómeno ha sido potenciado en el capitalismo contemporáneo, impulsado por la consolidación de un mercado dirigido específicamente a productos y servicios para niños.

Así pues, para esta celebración es importante conocer la asignación biológica y social que determina el sexo del ser humano en gestación, pues ello definirá elementos como el color de los objetos decorativos, los posibles regalos, y el color de la ropa que se obsequie, de acuerdo con los estereotipos de género establecidos culturalmente, en donde el lenguaje simbólico cobra especial relevancia. En este sentido Cabrejo (2020), define: “para que encuentres la perpetuidad de tu espíritu: se te entrega tu. Es así que las prácticas culturales recrean permanentemente los senderos simbólicos que encuadran el viaje existencial de los humanos por medio del lenguaje: estamos destinados a salir del vientre de la madre para ingresar en el vientre de la lengua, y allí permanecemos”.

El lenguaje es entonces un elemento vehiculizador, por el que transita el sujeto incluso antes de nacer y que por herencia social tiene asignada una determinación simbólica, definiéndolo como un “él” o una “ella” y que, desde su cotidianidad, en el día a día alimentara su subjetividad en gran parte, por los estereotipos sociales de su entorno inmediato.

En este contexto, es fundamental establecer la distinción conceptual entre las categorías de sexo y género. Según Prince (2005), el sexo se define como “las diferencias y características biológicas, anatómicas, fisiológicas y cromosómicas de los seres humanos que los definen como hombres o mujeres”. Este concepto alude a aspectos innatos y físicos que distinguen a los individuos biológicamente, en función de sus órganos reproductivos, sus niveles hormonales y su estructura genética. Por otro lado, el género se entiende como una construcción social que interpreta y organiza las diferencias sexuales mediante roles, comportamientos, actividades y atribuciones asignadas por la sociedad (Carlson, 2005).

Así, el género es reconocido como una construcción social y cultural que va más allá del simple binarismo biológico de hombre y mujer, permitiendo una mayor diversidad en expresiones de identidad; en relación con lo anterior Vilain (2020), destaca que las identidades de género no son solo el resultado de diferencias biológicas, sino que reflejan una amplia gama de experiencias individuales y culturales.

La diferenciación entre sexo y género es clave para comprender cómo los sistemas culturales y sociales contribuyen a la construcción de la identidad y cómo los estereotipos y



expectativas sociales afectan la experiencia de género desde edades tempranas. A su vez, y en concordancia con lo anterior, es preciso destacar los estereotipos de género, los cuales muestran cómo estas percepciones, formadas a partir de normas sociales y culturales, moldean las expectativas sobre cómo deben actuar, vestirse y comportarse las personas de distintos géneros. Estos estereotipos se aprenden desde una edad temprana mediante la observación de roles asignados socialmente, reforzados por figuras de autoridad, los medios de comunicación y las interacciones cotidianas (Health, 2023). Dichas concepciones delimitan a los sujetos incluso antes de nacer, influyendo en sus formas de ser, actuar y relacionarse con el mundo.

## **El nombre, primer rasgo identitario**

*Alejandra, Alejandra*

*Debajo estoy yo*

*Alejandra. Pizarnik (1965)*

El nombre es una palabra o un conjunto de palabras que resultan de una elección generalmente realizada por los padres, y que pueden dar origen a una infinidad de historias y significados. La elección de un nombre no es trivial; está influenciada por diversos factores que reflejan la identidad cultural, la religión, los valores familiares e incluso las tendencias sociales del momento. La elección de un nombre es, por lo tanto, un acto cargado de significado que trasciende la simple identificación, siendo un reflejo de la historia, la cultura y las aspiraciones de quienes lo eligen: “*un niño es hablado desde que adviene al mundo e ingresa en el universo simbólico que lo antecede*”, Bleichmar, S. (1997).

El nombre constituye el primer rasgo identitario de un individuo, que lo define y acompaña a lo largo de su vida, incluso desde antes de su nacimiento. Este elemento, que en un inicio parece tener únicamente una función distintiva, adquiere con el tiempo una profunda relevancia en la construcción de la identidad personal, pues actúa como un puente de conexión entre el sujeto y el entorno social, moldeando no solo cómo el individuo es percibido por los demás, sino también cómo llega a concebirse a sí mismo. Su y Ren (2015) señalan, el nombre actúa como un marcador psicológico y social que afecta tanto cómo nos vemos a nosotros mismos como cómo creemos que los demás nos perciben, construyendo el puente simbólico entre el sujeto y su entorno social.

Así pues, más allá de su función práctica de identificar a las personas, los nombres están profundamente impregnados de simbolismo y cargados de un notable peso cultural. Cada nombre, por su origen y significado, puede evocar elementos históricos, geográficos o lingüísticos que lo conectan con tradiciones y comunidades específicas. El nombre, por tanto, no solo individualiza dentro de una sociedad, sino que también actúa como un vehículo cargado de sentido, que contribuye a la configuración de la identidad personal y colectiva.

En este contexto, el nombre emerge como uno de los primeros rasgos identitarios, capaz de moldear experiencias y reforzar o desafiar los roles sociales preestablecidos. A lo largo de la vida, el nombre puede convertirse en un componente fundamental de la narrativa personal de cada individuo, influyendo en cómo se vive, interpreta y comunica su identidad. De este modo, se reconoce cómo el nombre, vinculado al género, no solo actúa como una etiqueta, sino que participa activamente en la construcción de la identidad, afectando tanto las dinámicas interpersonales como la integración en la sociedad.

## Los colores, los juguetes y los juegos, formas explícitas de estereotipar la infancia

Sin duda, una de las discusiones más recientes alrededor a los estereotipos de género gira en torno a la asociación de los colores, donde solo dos de ellos (en la cultura occidental), entre una amplia gama de posibilidades, se destacan de manera desproporcionada. Está marcada división cromática ha sido construida a partir de modelos ideológicos que asocian el rosa con lo femenino vinculado a cualidades como la dulzura, delicadeza, sensibilidad e incluso sumisión, mientras que el azul es considerado un color masculino, que evoca fuerza, agresividad, valentía y espíritu aventurero.

Esta simplificación de los colores asignados de forma arbitraria al género (masculino – femenino) refleja cómo la cultura ha impuesto significados rígidos que refuerzan roles sociales preestablecidos. Así pues “*Ningún color carece de significado. El efecto de cada color está determinado por su contexto, es decir, por la conexión de significados en la cual percibimos el color*” (Heller, 2004). Entonces al limitar la expresión de género a estos esquemas binarios, se perpetúan expectativas que condicionan la manera en que las personas incluso desde antes de nacer son percibidas y cómo se debe percibir la propia identidad.

Estos estereotipos se construyen a partir de imaginarios sociales que se entrelazan en la vida cotidiana, donde el lenguaje desempeña un papel central. La interacción entre los adultos de referencia ya sean padres, docentes y/o cuidadores con los niños y niñas resulta crucial, ya que el lenguaje no solo comunica ideas, sino que también moldea percepciones y refuerza (o castiga) comportamientos. Según la *Developmental Intergroup Theory* (Bigler & Liben, 2007), los roles sociales y estereotipos se internalizan tempranamente mediante el discurso y la socialización simbólica, y los adultos son agentes clave en ese proceso.

Así a través del lenguaje, se establece un diálogo constante con la cultura, en el que se transmiten normas, así como se moldean valores y expectativas sociales. Este proceso incluye tanto elementos implícitos, como los gestos, tonos y silencios, que sutilmente refuerzan ciertos roles de género, como elementos explícitos, a través de palabras y discursos que determinan lo que se espera de cada género.

Los mensajes que emergen en la interacción influyen en cómo los niños y las niñas se ven a sí mismos, en la forma de relacionarse con los demás y en la construcción de su identidad. Desde la elección de juegos y juguetes hasta las formas de expresión emocional, el lenguaje y su carga cultural condicionan la manera en que los niños interactúan con su entorno social, estructurando las formas de relacionamiento y su cosmovisión. Según la teoría sociocultural de Vygotsky, el lenguaje actúa como mediador esencial en el desarrollo cognitivo y psicológico del niño.

En este sentido se reconoce que, desde edades tempranas, estas interacciones lingüísticas y culturales comienzan a moldear no solo las preferencias de los niños y niñas, sino también su estilo de vestir, las elecciones que realizan, la manera en que se comportan e, incluso, su forma de pensar. Todo esto tiene lugar en el marco de un proceso cultural que asigna características específicas a cada género, delimitando de manera más o menos rígida las posibilidades de expresión individual.

Este proceso no solo afecta aspectos superficiales como la apariencia o las preferencias en juegos, sino que influye profundamente en la construcción de la identidad y la autopercepción de los niños y niñas. A medida que se integran en la sociedad, van internalizando estas expectativas de género, lo que puede restringir su libertad para explorar diferentes formas de ser y relacionarse con el mundo. Según Solbes-Canales, Valverde-Montesino y Herranz-Hernández (2020), desde una



perspectiva ecológica, los entornos familiares y escolares promueven la internalización temprana de estos estereotipos, con efectos en la identidad, las aspiraciones y el comportamiento social de los niños.

Entonces, las normas culturales impuestas determinan qué comportamientos son “apropiados” para cada género, afectando tanto su desarrollo emocional como social. Estas asignaciones no son meros detalles, sino que forman parte de un entramado más complejo de construcción de identidad, donde los niños y las niñas aprenden desde edades tempranas a ajustarse a los roles predeterminados por su género.

De esta forma, la asignación de colores y roles de género refuerza la idea de que ciertos comportamientos o actitudes son apropiados o inapropiados según el sexo, lo que contribuye a perpetuar desigualdades y restringir la diversidad en la expresión de la identidad individual. Este proceso de naturalización de estereotipos actúa como una barrera invisible que limita no solo las experiencias, sino también las oportunidades de desarrollo integral, imponiendo expectativas que condicionan profundamente cómo las futuras generaciones comprenden y viven su identidad de género. (Solbes-Canales, Valverde-Montesino & Herranz-Hernández, 2020).

En consecuencia al naturalizar estos estereotipos desde la infancia, la sociedad perpetúa un ciclo de conformidad que desvaloriza la pluralidad de identidades y experiencias. Lo que comienza como una aparente elección inocente y sin mayores pretensiones (como la asignación de colores o juguetes) puede tener repercusiones duraderas en la autoestima, la autopercepción y la forma en que los individuos interactúan con su entorno.

Romper con estas limitaciones exige un replanteamiento profundo de los estereotipos de género en todas sus manifestaciones, desde las más evidentes hasta aquellas prácticas naturalizadas que parecen inofensivas o “libres” pero que reproducen patrones culturales restrictivos. Desmontar estas construcciones sociales no se reduce únicamente a cambiar colores o etiquetas heredadas que nos han condicionado históricamente en el marco de las sociedades contemporáneas; implica transformar los imaginarios y estructuras que las sostienen.

Este cambio va mucho más allá de lo superficial y requiere promover una educación y una cultura que valoren y abracen la diversidad, permitiendo que cada individuo se desarrolle plenamente sin estar condicionado por expectativas rígidas o restrictivas basadas en el género. En este sentido, Whitford (2022) advierte que *“los estereotipos de género se desarrollan a una edad temprana y son reforzados durante la educación primaria”*, lo que pone en evidencia la necesidad urgente de intervenir desde los primeros años de vida.

Bajo esta perspectiva, la familia, la escuela y la sociedad en su conjunto tienen la responsabilidad de impulsar prácticas educativas y sociales transformadoras, que cuestionen los paradigmas tradicionales y favorezcan entornos inclusivos en los que se promueva la autonomía, la libertad de elección y el respeto por las diferencias. Solo a través de este enfoque integral será posible avanzar hacia una cultura que desmonte las barreras simbólicas y fomente identidades diversas, libres y auténticas.

### **Identidad, género y juego**

Esta apropiación cultural influye directamente en la construcción de la identidad, la cual se forja a partir de las interacciones constantes que el individuo mantiene con su entorno. A través de



estas experiencias, el sujeto comienza a desarrollar interpretaciones de la realidad, moldeando su comprensión del mundo que le rodea y, a su vez, integrando estos significados en su vida cotidiana.

La construcción de la identidad de género en la infancia es un proceso multifactorial y dinámico que se nutre de la interacción constante con el entorno sociocultural. Según Espinosa y Arteaga (2024) esta identidad se va desarrollando mediante la internalización de normas, roles y estereotipos de género presentes en el entorno del menor lo que evidencia cómo el ambiente familiar, escolar y social actúa como mediador de significados.

En otras palabras, los niños y las niñas van construyendo su identidad de género a partir de la apropiación de prácticas y significados culturales que observan en su entorno social. Dicho proceso no solo refleja la normatividad del género en la sociedad, sino que también condiciona cómo los niños comprenden y expresan su propio género en su vida cotidiana.

La identidad lejos de ser un concepto estático, es un proceso dinámico que se va configurando a lo largo del tiempo, a medida que la persona asimila y resignifica los valores, normas y expectativas culturales que encuentra presentes en su contexto social. De este modo, las vivencias personales se entrelazan con las estructuras culturales y sociales, permitiendo al sujeto adoptar, negociar o incluso resistir ciertos aspectos que influyen en la formación de su identidad.

Este proceso de construcción identitaria está profundamente influenciado por factores como el género, la clase social, la etnia y la cultura, los cuales determinan, en mayor o menor medida, cómo una persona se percibe a sí misma y cómo es percibida por los demás. En última instancia, la identidad se convierte en una síntesis compleja de estas múltiples interacciones, reflejando tanto las experiencias personales como los marcos culturales que guían la forma en que el individuo se relaciona con el mundo.

De acuerdo con Zárate (2015), la identidad puede entenderse como una narración social, en la que el individuo construye su sentido personal mediante la apropiación simbólica de experiencias de vida, integrando tanto dimensiones subjetivas como influencias colectivas que dotan al ser de coherencia y significado. Así, factores como el género, la clase social, la etnia y la cultura se entrecruzan, influyendo en cómo una persona se percibe y en cómo es percibida por los demás.

Así pues, la construcción de la identidad se empieza a hacer evidente desde temprana edad a partir de la relación dialéctica con otros, en donde el juego es una de las primeras acciones para elaborar y comprender el mundo. El juego, como práctica espontánea y significativa, promueve la imaginación, la experimentación, la curiosidad, la expresión y la construcción de vínculos sociales, convirtiéndose en una vía privilegiada para el aprendizaje y el desarrollo integral.

De hecho jugar es considerado como un derecho fundamental e impostergable de la infancia y se encuentra establecido en la Convención sobre los Derechos del Niño, en el Artículo 31 así: *“Los Estados Partes reconocen el derecho del niño y la niña al descanso y al esparcimiento, al juego y a las actividades recreativas propias de su edad y a participar libremente en la vida cultural y en las artes.”*; para el caso de Colombia en la Ley 1098 de 2006, el Código de la Infancia y de la Adolescencia en su Artículo 30, define *“Derecho a la recreación, participación en la vida cultural y en las artes. Los niños, las niñas y los adolescentes tienen derecho al descanso, esparcimiento, al juego y demás actividades recreativas propias de su ciclo vital y a participar en la vida cultural y las artes. Igualmente, tienen derecho a que se les reconozca, respete, y fomente el conocimiento y la vivencia de la cultura a la que pertenezcan”*. Así, el juego es un derecho consagrado para los niños, que cobra vital importancia porque aporta elementos que contribuyen y

fortalecen la construcción de la identidad, en donde interactúan de forma genuina y autónoma las realidades sociales y emocionales de los niños y las niñas.

Finalmente el juego además de ser una de las primeras formas de interacción con el mundo es la posibilidad de disponer con nuevos actores y en diversos entornos el legado de la cultura que se ha interiorizado y se refleja en los diversos aspectos del juego en sí mismo, como por ejemplo el juego simbólico, que pasa por el juego dramático o de representación de roles, que se caracteriza por la reconstrucción de papeles de adultos reales e imaginarios y de las interacciones que establecen entre ellos (Abad & Ruiz de Velasco, 2011)

### **Implicaciones**

En relación con lo expresado previamente, es preciso diseñar estrategias educativas y de crianza que reconozcan el papel central del lenguaje, la cultura y las interacciones sociales en la formación de la identidad de niñas y niños. Estas estrategias deben valorar los ritos y narrativas culturales como herramientas fundamentales en el proceso de socialización, potenciando el desarrollo integral de los niños y su ajuste adecuado a los referentes culturales contemporáneos desde los primeros años de vida.

En la práctica actual implica promover entornos que integren saberes diversos y que respeten las diferencias culturales, asegurando que el lenguaje no solo sea un medio de comunicación, sino también un instrumento que invite a las niñas y niños a explorar, construir y participar activamente en su entorno. Además, se requiere cuestionar los imaginarios sociales y prácticas que perpetúan estereotipos de género, fomentando relaciones equitativas y una visión inclusiva de la humanidad desde las primeras etapas de desarrollo. Esta perspectiva demanda un compromiso colectivo entre familia, escuela y comunidad para crear experiencias significativas y enriquecedoras, que respeten la multiplicidad de identidades, promoviendo la conexión entre lo individual y lo colectivo en la construcción del ser en un contexto pluriétnico y multicultural como el colombiano.

Por su parte, el juego debe ser promovido como un espacio libre de estereotipos y prejuicios que limiten la construcción de la identidad de género en la infancia. Esto requiere diseñar entornos educativos, sociales y familiares que valoren el juego como un derecho fundamental y una herramienta poderosa para el desarrollo integral de niños y niñas, permitiéndoles explorar diversas formas de ser, pensar y relacionarse con su entorno, sin estar condicionados por normas culturales rígidas.

Además, es necesario que los adultos de referencia ya sean padres, docentes y/o cuidadores asuman una postura crítica frente a los roles de género tradicionales que suelen transmitirse a través de los dispositivos culturales comentados en el texto, incluido el juego. Esto implica cuestionar prácticas como la asignación de juguetes, actividades y narrativas que refuercen expectativas limitantes y, en cambio, fomentar experiencias lúdicas que promuevan la creatividad, la diversidad y la igualdad.

Al considerar el juego como una herramienta para interiorizar y resignificar la cultura, se debe garantizar que niños y niñas tengan acceso a espacios y oportunidades que les permitan construir su identidad de manera autónoma y auténtica. De esta forma, el juego puede trascender su rol recreativo para convertirse en un vehículo que fomente el desarrollo de una identidad plena y diversa, contribuyendo a la construcción de una sociedad más inclusiva y equitativa.

## Conclusiones

En conclusión, dispositivos culturalmente establecidos como el lenguaje, los roles sociales y, de manera más sutil, elementos aparentemente triviales como los colores de la ropa, los accesorios, los juguetes y los tipos de juegos, se han convertido en poderosos vehículos de estereotipación de género. Estos factores, lejos de ser neutrales, impactan profundamente en la infancia, moldeando identidades y condicionando las posibilidades de los niños y niñas desde sus primeros años de vida.

La asignación cultural de roles y expectativas de género, mediada por el lenguaje y reforzada en las interacciones cotidianas, perpetúa un ciclo de desigualdad y conformidad que limita la diversidad en la expresión individual y encasilla a los sujetos en categorías rígidas desde edades tempranas.

Superar estas barreras implica cuestionar de manera crítica los patrones culturales y prácticas sociales que naturalizan y reproducen los estereotipos, reconociendo su efecto restrictivo sobre la construcción identitaria. Este desafío no se reduce a modificar superficialmente símbolos como los colores o juguetes, sino que demanda transformar los imaginarios colectivos y las estructuras educativas que legitiman tales diferencias. En este sentido, resulta fundamental promover una educación inclusiva, crítica y transformadora, que integre la reflexión sobre género en los espacios formativos y que vincule activamente a la familia, la escuela y la sociedad como agentes corresponsables.

Una educación con esta perspectiva debe invitar a niños y niñas a explorar libremente sus intereses, capacidades y formas de expresión, sin verse limitados por etiquetas rígidas ni mandatos normativos basados en su género. Al ofrecer entornos en los que se valoren la diversidad y la autonomía, se fomenta no solo el desarrollo integral individual, sino también la construcción de sociedades más equitativas y democráticas.

En última instancia, apostar por la deconstrucción de estereotipos desde la infancia no solo beneficia a cada individuo, sino que constituye una estrategia clave para forjar comunidades que reconozcan y celebren la pluralidad como un rasgo esencial de la condición humana. Solo mediante esta transformación cultural y educativa será posible romper los ciclos de reproducción de desigualdades y abrir camino hacia un futuro en el que la identidad no esté predeterminada por construcciones sociales restrictivas, sino que sea resultado de la libertad, la autenticidad y la diversidad.

## Referencias

- Aristizábal García, D. M. (2023). Niños y regalos: Aprender a dar y a recibir en el contexto doméstico. *Revista Desidades: Revista Científica de la Infancia, la Adolescencia y la Juventud*, 11(35), 113-129.
- Bigler, R. S., & Liben, L. S. (2007). *Developmental intergroup theory: Explaining and reducing children's social stereotyping and prejudice. Current Directions in Psychological Science*, 16(3), 162-166.
- Bleichmar, S. (1997). *El niño y el significante*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.



- Cabrejo Parra, E. (2020). Lengua oral: destino individual y social de las niñas y los niños. En *Facultad del lenguaje, construcción psíquica y prácticas culturales (bienvenido al mundo de los humanos)* (Cap. 10, pp. 123-XX). Fondo de Cultura Económica.
- Cabrejo Parra, E. (2020). *Lengua oral: destino individual y social de las niñas y los niños*. Fondo de Cultura Económica
- Congreso de Colombia. (2006). *Ley 1098 de 2006. Código de Infancia y Adolescencia*. Diario Oficial No. 46.446, 8 de noviembre de 2006.  
<https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=21256>
- Cromos. (2022, 6 de junio). *Baby shower: el origen de esta celebración para los bebés por nacer*. *Revista Cromos*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/cromos/maternidad/baby-shower-el-origen-de-esta-celebracion-para-los-bebes-por-nacer/>
- Espinosa Cevallos, P. A., & Arteaga Alcívar, Y. (2024). Construcción de la identidad del niño y la influencia de los estereotipos de género. *Revista Académica y Científica VICTEC*, 5(8).
- Fundación Raíces Indígenas. (s. f.). *Rituales de nacimiento en pueblos quechua y aymara*. En *Raíces Indígenas*. Recuperado el [fecha de consulta], de <https://raicesindigenas.net/creencias-y-espiritualidad/ciclo-vida-rituales-nacimiento-culturas-indigenas/>
- Heller, E. (2004). *Psicología del color*. Barcelona: Gustavo Gili.
- McLean, K. C., & Syed, M. (2015). Personal, master, and alternative narratives: An integrative framework for understanding identity development in context. *Human Development*, 58(6), 318–349. <https://doi.org/10.1159/000445817>
- Ochs, E., & Schieffelin, B. B. (2011). Language acquisition and socialization: Three developmental stories. En A. Duranti, E. Ochs, & B. B. Schieffelin (Eds.), *The handbook of language socialization* (pp. 276–320). Wiley-Blackwell. <https://doi.org/10.1002/9781444342901.ch15>
- ONU. (1989). *Convención sobre los Derechos del Niño*. Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos. <https://www.ohchr.org/es/instruments-mechanisms/instruments/convention-rights-child>
- Petrikowski, N. (2018). *Critical Perspectives on Gender Identity*. Rosen Publishing Group.
- Pizarnik, A. (1965). *Los trabajos y las noches*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Política Pública de Mujeres y Equidad de Género 2020-2030. (2021). *Secretaría de la Mujer*. <https://www.secretariadelamujer.gov.co>
- Solbes-Canales, I., Valverde-Montesino, S., & Herranz-Hernández, P. (2020). Socialization of gender stereotypes related to attributes and professions among young Spanish school-aged children. *Frontiers in Psychology*, 11, 609. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2020.00609>
- Su, S. H., & Ren, X. (2015). The psychological significance of personal names: A review. *Advances in Psychological Science*, 23(3), 389–398. <https://doi.org/10.3724/SP.J.1042.2015.00389>



- UNESCO. (2020). Combatir los prejuicios y estereotipos de género en la educación y mediante esta. <https://www.unesco.org/es/articles/combatar-los-prejuicios-y-estereotipos-de-genero-en-la-educacion-y-mediante-esta>
- UNESCO. (2023). Overcoming gender stereotypes and bias in education: Gender stereotypes and bias are formed as early as childhood and influence children's choice of toys, educational experience, and career paths. <https://en.unesco.org/news/overcoming-gender-stereotypes-and-bias-education>
- Verywell Health. (2023). Gender stereotypes: Meaning, development, and effects. <https://www.verywellhealth.com>
- Vilain, E. (2020). How science is helping us understand gender. *Education National Geographic*. <https://education.nationalgeographic.org>
- Vygotsky, L. S. (1978). *Mind in society: The development of higher psychological processes* (M. Cole et al., Eds.). Harvard University Press.
- Whitford, A. (2022). Understanding and addressing gender stereotypes with elementary children: The promise of an integrated approach. *Theory and Research in Social Education*, 51(3), 1–32. <https://doi.org/10.1080/00933104.2022.2140091>
- Zárate Ortiz, J. F. (2015). La identidad como construcción social desde la propuesta de Charles Taylor. *Eidos: Revista de Filosofía de la Universidad del Norte*, (23), 117–134. <https://doi.org/10.14482/eidos.23.189>
- Zelmanovich, P. (2007). *Las culturas infantiles*. Buenos Aires: Novedades Educativas.